

## ¿HAY ALGO ALLÁ AFUERA? GRAVITACIÓN DEL PROBLEMA ALTHUSSERIANO DE LA TEMPORALIDAD EN LA TEORÍA PECHEUTIANA DE LOS PROCESOS DISCURSIVOS

## IS THERE SOMETHING OUT THERE? INFLUENCE OF THE ALTHUSSERIAN PROBLEM OF TEMPORALITY IN THE PECHEUTIAN THEORY OF DISCURSIVE PROCESSES

Natalia Romé

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina

*Resumen:* La influencia del problema althusseriano en el pensamiento de Michel Pêcheux, con especial énfasis en el trabajo que da forma a **Les vérités de La Palice**, introduce una forma única de entender la relación entre la temporalidad y el discurso. Este artículo afirma que la problematización práctica de la noción idealista del tiempo que se puede leer en este trabajo está relacionada con la teoría althusseriana de la complejidad temporal, que se basa en la tradición marxista, la teoría freudiana y el materialismo filosófico de Spinoza. Esto nos permite encontrar en la teoría pecheutiana una crítica *avant la lettre* de los procesos de neoliberalización del campo intelectual y sus reverberaciones en las tendencias actuales del análisis de los discursos políticos, lo que da una renovada relevancia a su pensamiento.

*Palabras-Clave:* Formación Discursiva; Ideología; Materialismo; Transindividualidad; Coyuntura.

*Abstract:* The influence of the Althusserian problem in the thinking of Michel Pêcheux, with special emphasis on **Les vérités de La Palice**, introduces a unique way of understanding the relationship between temporality and discourse. This article affirms that the practical problematization of the idealist notion of time that can be read in this work, is related to the Althusserian theory of temporal complexity, which is based on Marxist tradition, Freudian theory and Spinoza's materialism. This allows us to find in the Pecheutian theory a critique *avant la lettre* of the processes of neoliberalization of the intellectual field and its reverberations in the current tendencies of the analysis of political discourses, giving a renewed relevance to his thinking.

*Keywords:* Discursive Formation; Ideology; Materialism, Transindividuality; Conjunction.

---

## Introducción

Este trabajo se propone explorar algunos de los recorridos mediante los cuales los desarrollos de Michel Pêcheux, en torno a una teoría materialista de los procesos discursivos, retoman la preocupación althusseriana por el concepto de tiempo histórico. Se trata de indagar en un doble movimiento: por un lado, indicar algunas de las coordenadas de la problemática althusseriana en el pensamiento de Pêcheux, a fin de exponer el espesor filosófico de una pregunta por la historia en el campo del estudio del discurso; por otro, abrir a futuras investigaciones la posibilidad de pensar en qué medida esa inscripción problemática puede haber contribuido a la colocación de los aportes de Pêcheux en una condición singular para transitar el impasse teórico que, desde los años setenta, debilita y empobrece al pensamiento crítico. La relevancia de una tarea tal no se apoya tanto en la vocación exegética como en un diagnóstico de la actual coyuntura teórica, a partir del cual entendemos que es el esfuerzo de sostener los vínculos entre discurso e historia lo que hace de la teoría pecheutiana una suerte de crítica *avant la lettre* de los procesos de neoliberalización del campo intelectual y de sus reverberaciones en las actuales tendencias de análisis de los discursos políticos.

En este sentido, este trabajo no procura un análisis exhaustivo del proceso de pensamiento pecheutiano, en sus diversas inflexiones o momentos, sino apenas la indicación de algunos elementos en los que puede leerse más fuertemente la gravitación en su escritura de la problemática althusseriana de la temporalidad plural, asociada a una relectura de la dialéctica materialista a partir de la categoría de sobredeterminación y una concepción transindividual de la objetividad.

La posición materialista entendida en clave althusseriana (cf. ROMÉ, 2015), hunde sus raíces en la novedad teórica freudiana que expone el vínculo entre fantasía y represión inconsciente y en la novedad teórica marxista, que rompe con el mito del pequeño productor/ahorrista, al desarrollar su teoría de la acumulación originaria y rompe también con la noción teleológica del tiempo histórico, a partir de una concepción de la totalidad social como todo complejo sobredeterminado. En ambos casos, una conceptualización compleja, plural y no contemporánea de la temporalidad se pone en marcha.

Partimos de la idea de que esa complejidad queda tendencialmente empobrecida en las reconfiguraciones teóricas que toman fuerza en los años ochenta; en el caso de algunas teorías del discurso, por ejemplo, se advierten

deslizamientos que emplazan la pregunta por el mecanismo de producción discursiva, elidiendo el problema del comienzo (o pretendiendo resolverlo con un salto ontológico hacia la afirmación de la pura contingencia). En una relación controversial con estas tendencias, la singularidad del abordaje materialista de la gravitación de la fantasía mítica como dispositivo de producción discursiva no se reduce a la constatación de su condición contingente ni a la descripción del mecanismo sintomático de su totalidad fallida, sino que interroga las condiciones objetivas que hacen posible su funcionamiento imaginario y su eficacia material. Si la operación de clausura de un universo semántico supone siempre alguna puesta en acción de mecanismos de olvido, la comprensión cabal de los procesos discursivos no se logra sino en la medida en que se inscribe en una teoría de la historia capaz de arrojar luz sobre el modo en que ésta requiere la represión de la objetividad material de lo imaginario. Esa objetividad se encuentra tramada en el complejo *ensamble* transindividual, sobredeterminado – jerárquico y desigualmente articulado- de aparatos y formaciones discursivas reales, en una coyuntura dada (educativas, morales, jurídicas, etc.), cuya existencia concreta como *unidad contradictoria con dominante*, es producto del estado determinado de la lucha de clases, en el marco de una formación social.

Con especial lucidez, Pêcheux comprende estas coordenadas y, con ellas, asume que la lucha de clases no remite a ninguna suerte de posición sociológica, ni a un *combate entre ideologías* (ni “proletaria y burguesa”, ni “dominante y subalterna”) sino que el primado de ésta sólo puede leerse en lo concreto de un orden de *formaciones* que existe como equilibrio (metaestable) de relaciones contradictorias de reproducción y transformación del complejo articulado con dominancia (PÊCHEUX, 2016). Es decir, en una coyuntura determinada y nunca “en general”: nunca en la intelección abstracta de sus mecanismos formales aplastados en la coyuntura. De esta forma, Pêcheux abraza una concepción materialista del discurso que aloja una concepción de la politicidad singularmente enraizada en una teoría de la historia como objetividad contradictoria, por fuera de todo esquema historicista, sociológico o formalista de la política.

En base a estas consideraciones, el artículo analiza las consecuencias analíticas de este posicionamiento, en el modo en que Pêcheux despliega la idea althusseriana de una *teoría clínica* como analítica del caso y moviliza, a partir de allí, una concepción práctica de temporalidad histórica que en otros desarrollos analíticos del discurso resulta, al menos, insuficiente. Con ello produce la crítica *avant la lettre* del proceso que opera hoy como supuesta superación de los conceptos de la lucha de clases y de inconsciente,

no sólo en las imágenes propias del pensamiento corriente, sino también en las abstracciones y ontologizaciones que se deslizan en la escena de pensamiento pretendidamente crítico.

### **Discurso e Historia. Escenas de un impasse**

Durante el siglo XX, la consideración del talante discursivo de la teoría (en sus formas científicas, filosóficas e incluso metafísicas) conlleva una gran oportunidad para la revisión crítica de la epistemología idealista y profundiza las posibilidades de desarrollo de la teoría materialista de la historia. Sin embargo, la relación entre el análisis del discurso y la tradición marxista es ambivalente y va desde formas de *alianza* que permiten explorar la politicidad de los procesos semióticos y discursivos, hasta “divorcios” y procesos de desmarxización, en los que la crítica discursiva tiende a sustituir o traducir en sus términos problemas como los de la lucha de clases, la hegemonía, los antagonismos políticos, la opresión de género, etc.

Este proceso no es convocado en este trabajo a los efectos de elaborar una historia de las ideas, sino asumiendo que las coordenadas de la discusión teórica que aquí se propone se encuentran determinadas por los avatares de la historia política e intelectual de los últimos 40 años. Se trata de entender, en el sentido profundo del debate epistémico que suscita, que la producción de conocimiento no se da en el vacío; sino inscrita en una coyuntura, con la que logra o no producir operaciones de ruptura y separación, más o menos incompletas. Por ello, es preciso advertir que revisar las posibilidades de un abordaje marxista de la problemática del discurso constituye una tarea que debe atravesar la resistencia de las condiciones mismas del campo en el que se inscribe de un modo controversial, produciendo un desgarramiento o un distanciamiento interno en el propio campo confrontándolo con sus límites.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> « *Le champ de l'analyse de discours, à l'inverse, se détermine par celui des espaces discursifs non stabilisés logiquement, relevant des domaines philosophique, socio-historique, politique ou esthétique, et donc aussi des multiples registres du quotidien non stabilisé* » (PÊCHEUX, 1984, p. 16) Esta reflexión con la que Pecheux sugiere que si es posible pensar algo así como un « campo » de análisis del discurso, sus condiciones de estabilización como campo deben concebirse como determinadas por discursos no estabilizados lógicamente. En este sentido, puede invocarse la consideración althusseriana del campo teórico como un campo de disputa y a la posición materialista como la operación de colocación de una distancia en un *kampffplatz* cuyas plazas se encuentran siempre ya tomadas por posiciones tendencialmente idealistas. En este sentido, si se habla en este artículo de “campo” no se debe entender a éste como una unidad homogénea

A contrapelo de las tendencias generales, es posible identificar una constelación de intervenciones que se encuentra en medio de esta encrucijada, haciéndole obstáculo. Sus referentes teóricos pagan el precio de ser abandonados o mal leídos, por la incompatibilidad de sus ideas con las clasificaciones que van jalonando la recepción y producción de las ciencias sociales, hacia fines del siglo XX. Se trata del pensamiento marxista de Louis Althusser, especialmente, su teoría de la ideología; algunos desarrollos del psicoanálisis freudiano y lacaniano y la búsqueda de una teoría materialista del discurso de Michel Pêcheux.

Por este motivo, para comenzar a desmontar este *impasse*, resulta interesante visitar la intervención materialista que esos teóricos ponen en juego en el campo de la teoría de discurso. Si bien cabe advertir que Althusser no elabora una teoría positiva del discurso y sus desarrollos explícitos sobre la cuestión son esquivos; no obstante, inaugura un modo de alianza entre la crítica de la ideología y la consideración de la eficacia específica de la dimensión discursiva de los procesos sociales que sienta las bases para la elaboración de una teoría materialista del discurso, articulada con el problema de la historia. Mucho se ha escrito sobre Althusser – incluso desde el campo de la teoría de la cultura y del discurso – y, sin embargo, esa vía permanece en gran medida inexplorada.

En este sentido, pueden reconocerse una serie de hitos en su pensamiento, a partir de los cuales, identificar las bases para una problematización de las actuales perspectivas analíticas del discurso y dar pasos iniciales hacia una conceptualización materialista y crítica de la producción significativa, en su eficacia histórica. En términos introductorios, esos hitos se despliegan como un proceso de pensamiento en el que el discurso no constituye un objeto central de investigación, sino antes bien, un subproducto, un detrito que va tomando forma a partir de la profundización de la problemática de la ideología.

Los primeros aportes pueden encontrarse en la teoría de la *lectura sintomal* que forma una unidad con la crítica de la filosofía idealista y la epistemología empirista. Althusser demuestra que las diferencias entre idealismo y empirismo son aparentes, toda vez que ambas posiciones tributan en lo que denomina el “mito religioso de la lectura”. Fundado en una serie de supuestos metafísicos que entienden el conocer como una

---

y sintética sino como un territorio constitutivamente controversial y en consecuencia, marcado por la exterioridad inmanente a cuya lectura se dedica toda posición materialista.

operación inmediata de contemplación y lectura de un *discurso manifiesto*, el “mito religioso de la lectura” coincide con la negación necesaria de la condición discursiva, es decir, de la opacidad constitutiva de toda articulación significante (2008). Simultáneamente, el abordaje materialista de la condición discursiva de la Filosofía (idealista), permite identificar su estructura homóloga a la del mito edénico y con ella, su talante ideológico; esto vuelve pensables tanto sus determinaciones como sus efectos en los procesos históricos (cf. ALTHUSSER, 2014).

En segundo lugar, ofrece las bases para una concepción materialista de lo discursivo a partir de la identificación de una solidaridad entre una concepción materialista del tiempo histórico y un materialismo de lo imaginario. Esa alianza puede leerse también en su consideración de la causalidad materialista como una relacionalidad doble, *transindividual* y sobredeterminada que permite pensar los procesos históricos como un complejo articulado y opaco de formaciones en las que lo imaginario tiene una eficacia real y existe como un complejo articulado de formaciones ideológicas cristalizadas en aparatos ideológicos de estado (cf. ALTHUSSER, 2011). A partir de la idea de una doble objetividad en la que lo imaginario se encuentra sobredeterminado con lo real, se abre la posibilidad de un abordaje del vínculo entre formaciones discursivas e ideológicas que resulta irreductible tanto al esquema temporal de la cadena, como al bidimensional sintagma/paradigma. El despliegue de estas consecuencias como un programa tentativo hacia una teoría materialista del discurso es encarado por Michel Pêcheux, en diversos trabajos, especialmente en **Les vérités de La Palice** (1975), en el que la tesis althusseriana de la materialidad de la ideología y la fórmula de la interpelación subjetiva permiten explorar el campo discursivo como una dimensión transindividual, a la vez histórica y psíquica.

En tercer lugar, reconstruye la tópica discursiva de la formación ideológica humanista. La alianza entre lo discursivo y lo ideológico es alimentada en la intervención althusseriana a través de un rodeo por el psicoanálisis, en dos sentidos: por un lado, en torno al vínculo entre tiempo y representación, basado en una tópica descentrada y en una temporalidad no contemporánea; y por el otro, en la crítica del mecanismo discursivo de la ideología humanista, como insumo para la caracterización de la estructura (discursiva) de la interpelación ideológica, en base a la homología estructural de los discursos teológico y jurídico. Y, simultáneamente, la apertura de una pregunta por los vínculos entre una temporalidad compleja y los mecanismos discursivos de significación, en su politicidad inherente

(ALTHUSSER, 1965; 1996; 2014).

Por último, se abre en sus manuscritos publicados póstumamente la oportunidad de emplazar una pregunta por la politicidad de un discurso, a propósito de su tópica, en lugar de hacerlo a través de la restitución de las figuras metafísicas o sociológicas que reponen las evidencias del sujeto y el sentido. Esa alianza puede leerse en relación con la política y, más especialmente, con la pregunta por la posibilidad de un discurso político, vinculada con una cuestión crucial (al menos para la política marxista y revolucionaria): el problema de lo porvenir como *irrepresentable* (cf. ALTHUSSER, 1995; ROMÉ, 2019).

Este plano del trabajo de Althusser, que concierne al modo en que la crítica de la ideología constituye el terreno para extraer un conjunto de consecuencias teóricas y analíticas en torno al problema del discurso, ha quedado invisibilizado por la sobreimpresión de una dicotomización entre dos posiciones ideológicas: un empirismo economicista. Y un discursivismo politicista que, en su afán de curvar el bastón contra el primero, recae en una ontologización del Discurso y se queda sin herramientas para pensar la historia en su complejidad. La absolutización de la categoría de Discurso producto de una liquidación del problema del emplazamiento de las formaciones discursivas en la complejidad concreta de una formación social y de una indistinción y desplazamiento entre sus aspectos filosóficos y analíticos, conlleva un empobrecimiento del concepto de tiempo histórico o, en todo caso, su reemplazo por cierto régimen de temporalidad simplificado.

Notablemente, una serie de desarrollos que procuran teorizar las relaciones entre lo discursivo y lo político van consolidándose en paralelo al paulatino abandono del concepto de ideología. Resultan, en este sentido, paradigmáticos los movimientos desplegados por Michel Foucault y Ernesto Laclau, desde posiciones cercanas al pensamiento de Althusser y con claras referencias a la conceptualidad marxista, hacia formas de negación o rechazo de la tradición marxista.

Como ha señalado Ricardo Terriles (2011) para el caso de Foucault, en **La arqueología del saber**, de (1969) 2010, encontramos el reconocimiento de la ideología como un concepto cuya función, en relación con la ciencia, es la de recordarle su condición discursiva y su funcionamiento entre otras prácticas (2005, p. 311-312). Paulatinamente, en **La verdad y las formas jurídicas**, de 1973; se propone una revisión, en base al rechazo de un pretendido determinismo económico y en **Microfísica del poder**, de 1975, se descarta el concepto de ideología por completo, en virtud de un

rechazo de la idea de lo verdadero y su reemplazo por una historización de los “efectos de verdad” que se producen en el interior de discursos “que no son ni verdaderos ni falsos” (1992, p. 181-182). Paralelamente, en relación con el vínculo entre ideología y política, en otra de las entrevistas publicadas en **Microfísica del poder** de 1975, puede leerse una reducción tendencial de la política (como lucha) al poder (como dominación) en el pasaje del vínculo ideología/política a una concepción de “los efectos del poder en los cuerpos” (1996, p.106).

Por su parte, Ernesto Laclau avanza desde desarrollos claramente apoyados en la teoría althusseriana de la ideología, hacia formas de pretendida “superación” del problema de la ideología por una teoría del discurso. Así, en su artículo “Muerte y resurrección de la ideología” (1996) y en algunos pasajes de **Hegemonía y estrategia socialista** (1985), reconoce los aportes de Althusser respecto a la teoría de la ideología y el concepto de sobredeterminación; pero reduce la complejidad temporal, que se encuentra supuesta en la noción althusseriana de *décalage*, a una (única) distorsión constitutiva en toda representación, asociada a la constatación de ausencia de metalenguaje. De esta manera, el problema ontológico de la causa ausente o de la presencia de una ausencia como causa, se restringe en Laclau a una falla en la totalidad (imaginaria) de toda formación discursiva. La disolución del concepto de ideología (y, por lo tanto, de lucha de clases en lo ideológico) en el de Discurso, lleva a la teoría a desentenderse de la complejidad de la temporalidad histórica y a reducirse a una temporalidad intradiscursiva empobrecida, que identifica la historia con el juego lógico de variación de la articulación signifiante y con la afirmación ontológica de la pura discontinuidad del comienzo contingente. Su teoría del discurso deviene formalista y pierde capacidad analítica de procesos concretos; entre otras cosas, no puede pensar el problema de la dominancia de una formación discursiva por sobre otras; no puede pensar las determinaciones de ciertas articulaciones signifiantes ni su eficacia relativa en el complejo de conjunto; no puede pensar el interdiscurso, ni conceptualizar el exterior relativo de una formación discursiva determinada. En este sentido, el esquema que ofrece del concepto de formación discursiva tiende al de una interioridad fenomenológica, antes que al de una complejidad histórica.

Si en Althusser es propio de la ideología funcionar negando su exterior, en Laclau eso deviene implícita tesis filosófica acerca del funcionamiento general del Discurso: es el Discurso el que no tiene exterior. Laclau toma el régimen de discursividad ideológico y lo consagra como teoría del Discurso (en general) y como criterio analítico. Y, por lo tanto, ni los análisis de



Laclau sobre la democracia radical, ni sobre el populismo, en clave discursiva permiten pensar otra cosa que la interioridad ideológica de una formación discursiva devenida discurso del Todo. Bajo pretexto de una crítica del naturalismo o de la ilusión de transparencia, se disuelve el principio de lo social como complejo relacional sobredeterminado y del tiempo histórico como articulación múltiple y diferencial de tiempos. La teoría política del discurso no hace lugar a la política como exterioridad inmanente, sino que consagra la cerrazón ideológica *qua* política. Laclau no lo sabe, pero lo hace, su politicismo es una teoría de la ideología emplazada en el lugar de la política sin historia.

Conforme se desdibuja la presencia teórica del marxismo en el campo de las ciencias sociales y la filosofía, el giro discursivo deviene politicista, en términos históricos y relativista en términos epistemológicos. No es casual que el esquema analítico que se despliega entre el tendencial historicismo de Foucault y el progresivo formalismo de Laclau, oscile entre dos posiciones dicotómicas con respecto a cómo concebir el tiempo histórico: de la negación del acontecimiento en uno, a su ontologización en el otro. En ambos casos, la cuestión de la transformación histórica y su inteligibilidad pierden oportunidad.

Planteado este marco interesa traer a escena algunos aportes de Michel Pêcheux que, en la medida en que se resiste a abandonar el concepto althusseriano de ideología permite elaborar una crítica *avant la lettre* a los desarrollos que podríamos denominar “postmarxistas”. En estos últimos, el reemplazo del concepto de Ideología por el de Discurso opera una simplificación de la temporalidad compleja de los procesos históricos y tiene entre sus consecuencias políticas, la de confundir Ideología dominante con Ideología en general, disolviendo la diferencia entre estructura y coyuntura y, con ello, volver impensable la posibilidad de la política como transformación real. Este deslizamiento y empobrecimiento del problema de la temporalidad puede rastrearse también como deslizamiento en ciertos momentos del trabajo de pensadores actuales, como Judith Butler o Slavoj Žižek, entre otros y puede englobarse en lo que me gustaría denominar “desvío politicista”, aunque en los términos de Althusser cabría denominarlo *reformismo*. (ALTHUSSER, 2018; PÊCHEUX, 1977) Se trata de una cierta tendencia de época en que coinciden la “crisis del marxismo” con la neoliberalización del pensamiento crítico; esa tendencia muestra que el pensamiento de izquierdas no es inmune a los embates de la lucha de clases del capital. Lo que se pierde en esta deriva es la posibilidad de una inteligencia de la transformación política en sentido fuerte, corriendo el

riesgo de caer demasiado cerca del cliché neoliberal del “fin de la historia”. Contra esa tentación, en su prefacio al trabajo de J.-J. Courtine, Pêcheux (1981) arengaba a comprender que el análisis del discurso se encuentra tomado entre lo real de la lengua y lo real de la historia y por ello exige evitar toda tentación de ceder ante lo uno o lo otro.

### **Foucault: historicismo y reformismo**

La pregunta por el estatuto del discurso el marco de la teoría de la historia es formulada por Foucault en 1969, en los términos del estatuto del *documento* en el trabajo historiográfico. Cuando éste deja de ser la materia inerte en la que se trata de reconstruir lo que ha sido hecho o dicho, cae la imagen de la historia como “una memoria milenaria y colectiva”: “historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos *de la que no se separa*” (2010, p. 16). Se trata de un trabajo valorado fuertemente por Pêcheux, toda vez que se esfuerza en volver pensable el estatuto discursivo del material historiográfico, permitiendo bosquejar la índole liminar del trabajo de análisis del discurso entre campos disciplinares, artificiosamente separados (cf. PÊCHEUX, 1984).

Foucault descubre la solidaridad entre la transformación del estatuto del discurso y la problematización del concepto de *tiempo histórico*. Y lo que se pone en cuestión son los postulados clásicos de una *historia general*: la *posibilidad de establecer un sistema de relaciones* homogéneas que *expresan* “un mismo y único núcleo central”; una “misma y única forma de historicidad” entre las diversas instancias que las “somete al mismo tipo de transformación” (FOUCAULT, 2010, p. 20).

En coincidencia con las ideas de **Lire le Capital** (2008), Foucault ubica el “primer momento” de esta mutación epistemológica en Marx y reconoce los obstáculos para sistematizar ese descubrimiento en la “función fundadora del sujeto”: “como si tuviéramos miedo de pensar el *Otro* en el tiempo de nuestro propio pensamiento” (FOUCAULT, 2010, p. 23). El tiempo se concibe así “en términos de totalización y las revoluciones no son jamás en él otra cosa que *tomas de conciencia*” (FOUCAULT, 2010, p. 24).

Cabe señalar que resulta ser Althusser quien realiza la tarea de lectura sugerida por Foucault, orientada a “pensar el Otro en el tiempo mismo de nuestro pensamiento” en el campo de la teoría de la historia, al romper con la idea hegeliana del Estado como encarnación de lo Absoluto en la historia.

Esa operación –que convoca a una confluencia con el psicoanálisis como crítica de la metafísica de la Conciencia- abre una teoría de la Ideología de Estado como efecto de *doble identificación*, sostenida en la materialidad solidaria de cuerpos y aparatos, productora de una simplificación temporal que podría denominarse “hegemonía” (cf. ROMÉ, 2011).

En el transcurso de su escritura durante los años setenta, Foucault tiende a pensar la relación entre materialidad y discurso como la *productividad de la fuerza* – algo que Althusser (cf. 2018) valora, pero considera insuficiente. El discurso entendido como *poder* – “aquel poder del que quiere uno adueñarse [...]” (FOUCAULT, 1991, p. 11) – se despliega como una teoría *descriptiva*, en la medida en que la inmanencia del material discursivo no ofrece en sí misma las causas de los procesos que le dan forma. En este sentido, se hace necesaria una pregunta por la causalidad histórica y un concepto complejo de temporalidad cuyo lugar es señalado de múltiples modos por la arqueología foucaultiana (como distancia entre formaciones discursivas y a priori histórico, por ejemplo) pero no resuelto en ella. Es en ese lugar que la posición althusseriana desarrolla su incumbencia, a partir de dos series de supuestos materialistas: 1. una teoría del *inconsciente* que da cuenta de los mecanismos de la “violencia psíquica” (ALTHUSSER, 2018, p. 110), en su materialidad y 2. una teoría de la *lucha de clases* que da cuenta de los mecanismos de la violencia histórica, en su materialidad. El aporte althusseriano pone en escena que, una vez asumida la problemática abierta por la categoría de discurso, no es posible pensar los procesos históricos en su consistencia discursiva, ni los discursivos en sus transformaciones históricas, sin reinscribir la cuestión en una problemática más amplia que permita explorar la *materialidad de lo imaginario*, en su complejidad temporal. Con este espíritu, será Michel Pêcheux quien, yendo más allá de Foucault, plantee las dos tesis que permiten inteligir adecuadamente el problema del discurso en su relación con la historia, a través del concepto de *ideología* que abre la pregunta por la materialidad de lo imaginario:

- Tomar en serio la referencia al materialismo histórico significa reconocer el primado de la lucha de clases por sobre la existencia de las clases en sí mismas, lo cual implica, respecto del problema de la ideología, la imposibilidad de todo análisis diferencial (de naturaleza sociológica o psico-sociológica) que atribuya a cada “grupo social” su ideología con anterioridad a que las ideologías entren en conflicto. [...]

- Tomar en serio la referencia al concepto psicoanalítico de inconsciente significa reconocer el primado de éste sobre la conciencia, y ello implica, siempre respecto de la ideología, la imposibilidad de toda concepción

---

psicologista que ponga en escena una conciencia (incluso una “conciencia de clase” propia de tal o cual “grupo social”) (PÊCHEUX, 2013, p. 2).

Estas tesis marcan los límites del aporte foucaultiano en su liquidación del concepto de ideología. El planteo del problema del discurso no resulta suficiente para afrontar el asedio idealista, porque puede volverse, tal como advierte Michel Pêcheux, a fines de los setenta, una nueva dialéctica universal que imagina tener la propiedad “de producir su propia materia [...]” (PÊCHEUX, 1977)

Ese riesgo se encuentra a la orden del día en la historia de la filosofía del lenguaje y la lingüística. De un lado, en la *tendencia lógico-formalista* que elimina la historia (y la lucha de clases) al concebir al Espíritu humano como a-históricamente transparente a sí mismo; por otro, la tendencia historicista que concibe a la historia como “serie de diferencias, dislocamientos, transformaciones”, pero *subordina la división a la unidad*. Pêcheux denomina a este abordaje empirista de la lucha de clases, “reformismo”. Inscrito en esta segunda tendencia y a pesar de ofrecer un esfuerzo de aproximación al problema de la *materialidad de lo imaginario*, Foucault carece de una noción, aunque sea práctica, de *contradicción* que resguarde su teoría del riesgo historicista. Por eso Pêcheux reconoce un antecedente más sólido en la filosofía de Spinoza, en la que la materialidad del discurso se encuentra tramada contradictoriamente, lo que vuelve imposible que ésta (y el discurso que la realiza) sean tomados como un bloque homogéneo, idéntico a sí mismo. Con Spinoza, Pêcheux asume que una ideología no existe sino *bajo la modalidad (material) de la complejidad y la división*; que lo lleva a considerar que el concepto de *formación discursiva*, debe ser sometido a una “rectificación” spinoziana.

No es posible dar cuenta cabalmente de la consistencia material del discurso, si no se asume su historicidad desde un punto de vista materialista; esto es, en los términos de su *objetividad contradictoria* (sobredeterminada). Este punto resulta crucial para comprender la bifurcación que se trama entre las teorías del discurso que abrazan el problema constitutivo de la ideología y las que lo piensan como una cuestión secundaria o subordinada. Y permite advertir que lo que se pierde en este campo, cuando se desdibuja la teoría de la ideología, es justamente la relación entre discurso e historia, en un sentido materialista.

“Reformismo” en el campo del problema del discurso, es el nombre de una consideración del cambio histórico que prescinde de la objetividad

estructuralmente contradictoria. Se restituye un espacio de interioridad en la formación discursiva, si su unidad no se concibe en su condición *sobredeterminada* (bajo el doble primado de lo inconsciente y de la contradicción). Si no puede concebirse en los términos de una articulación desigual, jerárquica y contradictoria, por más que proclame su crítica pluralista a toda forma metafísica de unidad, la noción de *formación* pierde su condición histórica, porque se vuelve una categoría ciega al “sistema de ensamble” que es su exterior constitutivo: la “objetividad material” de la estructura de desigualdad-subordinación del todo complejo con dominante de las formaciones ideológicas de una formación social dada” (2016, p. 132). Si la formación discursiva se restituye como interioridad, adquiere una *tópica isomorfa a la de una conciencia*, que existe en una temporalidad cerrada sobre sí. No alcanza con una teoría que enuncie esa exterioridad en los términos de la relación de una totalidad discursiva con su síntoma. Es necesario, además, una teoría de la causalidad histórica, su concepción compleja del tiempo y de la totalidad social, capaz de interrogar y conceptualizar la consistencia real de esa exterioridad y los vínculos entre ella y la interioridad imaginaria de la formación discursiva. Es decir, capaz de dar cuenta la objetividad *material de lo imaginario*.

### **El punto de vista (transindividual) de la reproducción**

No casualmente, estas preocupaciones presentadas por Pêcheux organizan el recorrido del volumen póstumo de Louis Althusser, **Sur la reproduction** (2011). El cuerpo principal de este trabajo surge en una frenética escritura en los meses posteriores a los acontecimientos de 1968. Allí, Althusser alerta sobre el desvío politicista, que bajo el genérico término de “dominación”, simplifica el problema marxista de la relación entre explotación económica y lucha de clases política e ideológica. Y reconoce el fetichismo tecnológico que confunde división social del trabajo con división técnica del trabajo, como contracara especular del anterior. Veía cernirse entonces sobre la teoría una doble simplificación que aplanaba la coyuntura entre la denuncia “neoanarquista” del “Poder” y la fascinación “economicista o tecnocrática” (ALTHUSSER, 2011, p. 68-69). Cuando el clima de la revuelta no dejaba avizorar el precio que pagaría la izquierda al desembarazarse del marxismo teórico –acusado de teorista, dogmático, vanguardista-, Althusser insistía en que la vitalidad del marxismo dependía del desarrollo riguroso de lo que denominaba “el punto de vista de la

reproducción”, basado en una concepción de la *existencia como duración*. Partiendo del principio del primado de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas, determinante en una *formación social*; el “punto de vista de la reproducción” es imprescindible para dar cuenta de toda *situación concreta*: donde la relación de producción capitalista -en tanto relación estructural de desposesión y de separación de la fuerza de trabajo de los medios de producción (cf. ALTHUSSER, 2018, p. 144) – es *abstracta* con respecto al complejo, concreto y contradictorio de relaciones de producción y de las formaciones superestructurales en la que se da su *reproducción – como duración y por lo tanto como existencia* (ALTHUSSER, 2011, p. 68).

En una *formación social* no interviene un único modo de producción, sino que uno funciona de modo *dominante* en un todo articulado -en el que perviven relaciones de producción o fuerzas productivas residuales o incipientes- que funciona de conjunto bajo condición de su dominancia, en *unidad compleja y contradictoria*. En este sentido, una formación social determinada es, en su unidad objetiva, una combinación contradictoria de temporalidades.

En un modo de producción, entendido como la unidad de fuerzas productivas y relaciones de producción, son las *relaciones de producción las que desempeñan el papel determinante* y no las fuerzas productivas. Y las relaciones de producción no se confunden ni con el “trabajo”, ni con la “propiedad”: la división *social* del trabajo no es ni la división técnica del trabajo ni las formas jurídicas de su organización (ALTHUSSER, 2011, p. 69).

Estas dos tesis sitúan la existencia histórica de una formación social como un complejo *ensamble* de relaciones concretas en las que ésta *dura*. Encontramos en este desarrollo el marco que sostiene las tesis de Pêcheux. Sus referencias a la expresión francesa “ensamble” tienen un espesor filosófico que Balibar descubre en Marx y despliega en los términos de una *ontología transindividual*, subrayando su doble consistencia material e imaginaria (1993). En las *Tesis sobre Feuerbach* y en *La ideología alemana* – textos en los que Althusser ubica la irrupción de la problemática marxista (cf. 1965) – Balibar analiza y postula la configuración de un materialismo relacional original en Marx, que encuentra su antecedente en Spinoza (BALIBAR, 1993, p. 42) y consiste en el simple hecho de asumir que la existencia humana se caracteriza por “relaciones múltiples y activas que los individuos entablan unos con otros [...] y el hecho de que son esas relaciones las que definen lo que tienen en común...” (BALIBAR, 1993, p. 36):

Es significativo que Marx [...] haya buscado en este caso una palabra extranjera “*ensemble*”, notoriamente para evitar el uso de *das Gaze*, el “todo” o la totalidad [...] se trata de pensar la humanidad como una realidad *transindividual* y, en el límite, pensar la transindividualidad como tal. No lo que está idealmente “en” cada individuo (como una forma o una sustancia) o lo que serviría para clasificarlo desde el exterior, sino lo que existe entre los individuos, a raíz de múltiples interacciones.” (*Id.*)

Desde otra aproximación, Jean-Claude Milner (2003) señala la cuestión en los términos de la aporética expresión de una *objetividad-tesei*. Estas consideraciones sobre una singular *necesidad* que no puede concebirse sino como *relación de relaciones* en la que lo imaginario forma parte de la materialidad concreta (cf. BALIBAR, 2019), son redimensionadas a partir del trabajo de Pêcheux, para conducirnos a pensar que el desarrollo del materialismo histórico requiere de una teoría (materialista) de los procesos y formaciones discursivas.

La totalidad histórica marxista supone en su estructura misma una doble relación, que no existe sino sobredeterminada en su complejidad temporal y su materialidad contradictoria. Sobre este terreno se abre la posibilidad de pensar el problema de lo ideológico, en clave de la lucha de clases: como un complejo objetivo sobredeterminado de procesos contradictorios y no solamente como operación de dominación o universalización ideal fallida, ni como una oposición sociológica entre dos “mundos”. Esto convoca la elaboración de un esquema tan irreductible a una única interpelación (que constituiría la inversión de una falsa crítica de la totalidad espiritual) como a la imagen de la subsunción total de los sujetos en la lógica técnica del capital.

### **Pêcheux: hacia una teoría de los procesos discursivos**

Publicado algunos años después del célebre artículo *Ideología y aparatos ideológicos de estado* (1969), **Les vérités de La Palice** puede ser considerado un trabajo de despliegue de las consecuencias de la teoría althusseriana de la ideología, en el terreno del problema del discurso. Más allá de las anécdotas, se advierte una comprensión profunda de la empresa filosófica amplia, es decir, epistémica y política, de Althusser, tal como es presentada en la ambiciosa escritura de **Sur la reproduction** (2011), al punto de que podría

sostenerse que el libro de Pêcheux constituye una suerte de continuación de aquel, “por otros medios”. Su teoría del discurso, en términos de “procesos discursivos”, desarrolla un pensamiento de la *coyuntura* que es clave para el materialismo y señala, justamente, lo que se pierde en otras teorizaciones sobre el discurso que optan por abandonar la categoría marxista de Ideología.

**Les Vérités de La Palice** (1975) lleva la imbricación entre ideología y discurso a un punto extremo y da despliegue a una afirmación que actúa “en sentido práctico” en la escritura de Althusser: la de la relación necesaria entre la inmediatez (imaginaria) del sentido y la represión de la temporalidad compleja como mito de origen. No resulta casual en este sentido que sea en Freud donde Althusser busca una teoría de la temporalidad compleja (cf. ALTHUSSER, 2008). Esta idea extraída por Pêcheux de la teoría althusseriana de la ideología, subraya una homología entre los desarrollos freudianos de la fantasía originaria y la crítica althusseriana del mito edénico, como esquema de la epistemología idealista/empirista y la antropología política del “mito del estado de naturaleza” (2014). En ambos casos, una conceptualización compleja, plural y no contemporánea de la temporalidad se pone en marcha. Lo que se encuentra en juego en la identificación de la gravitación de la fantasía mítica como dispositivo (ideológico) de producción discursiva, es que ésta requiere la represión imaginaria de la objetividad material de la instancia ideológica; es decir, del complejo sobredeterminado – jerárquico y desigualmente articulado- de aparatos y formaciones discursivas reales en una coyuntura dada (educativas, morales, jurídicas, etc.), cuya existencia concreta como *unidad contradictoria con dominante*, es producto del estado determinado de la lucha de clases.

Pêcheux advierte con claridad y despliega en sus consecuencias, la doble tesis althusseriana que permite, mediante la afirmación del primado de lo inconsciente (en lo discursivo), reinscribir el primado de la lucha sobre las clases que constituye la clave del materialismo marxista (cf. MORFINO, 2014). Un materialismo que permite (y exige) abandonar toda consideración abstracta de la tópica marxista que reduzca y abstraiga “lo real” a “la economía” y “el discurso” a lo “simbólico”. La lucha de clases no remite a ninguna suerte de posición abstracta en la ideología, tampoco a un combate entre ideologías sean las clásicas “proletaria y burguesa”, o las reformuladas “dominante y subalterna”, etc. (o entre discursos). El primado de la lucha de clases sólo puede leerse en lo concreto de un orden de *formaciones*. Y se presenta en la teoría pecheutiana del discurso en función de su lectura y desarrollo de la teoría althusseriana de la ideología: como el equilibrio *transindividual* (metaestable) de relaciones contradictorias de



reproducción y transformación del complejo articulado –históricamente- de formaciones con dominancia. Es decir, en una coyuntura determinada, y nunca “en general” y por lo tanto nunca en la intelección estructural de sus mecanismos formales.

A partir de aquí podemos volver sobre la noción de ideología dominante y pensarla como el efecto de simplificación (temporal) con el que aparece un complejo determinado y contradictorio de formaciones *como si fuera la Ideología en general*.

Como retoma Pêcheux de los desarrollos althusserianos, en la formación social capitalista, ese complejo funciona con la dominancia de la formación ideológica jurídica –como proceso de transformación de la teológica. Es en ellas que puede leerse la estructura de la interpelación como existiendo en sus efectos (los efectos discursivos de la represión inconsciente y la reproducción social). La formación *jurídica* que existe como dominancia en la materialidad histórica del complejo articulado de formaciones ideológicas y discursivas, constituye la forma de existencia histórica de la interpelación.

Y la experiencia de *extrañeza en la mismidad* –largamente estudiada por el psicoanálisis<sup>2</sup>- que consagra el efecto de la interpelación como reunificación de un desajuste, tiene su existencia en la materialidad de la incrustación sintáctica misma de la que esta formación resulta peculiarmente paradigmática. Siguiendo a Henry, Pêcheux la denomina “preconstruido”, apuntando a lo que podría denominarse la paradoja de la indeterminación de los nombres propios. Si el nombre propio rechaza toda determinación (a pesar de requerirla *necesariamente*) es porque existen otros términos, que, no siendo nombres propios, ofrecen un lugar a partir del cual puedan construirse por determinación las expresiones parafrásticas que les corresponden.

He aquí el punto decisivo, esta designación por medio del nombre propio implica correlativamente la posibilidad de designar “la cosa misma” mediante una perifrasis, como “aquel que...” [...] es decir que a los nombres propios ‘simples’ corresponden *necesariamente* los nombres compuestos (p. 97).

---

<sup>2</sup> Pêcheux recupera el efecto tautológico de la temporalidad *retroactiva* de la interpelación, en cuya paradoja se conforma el sujeto como habiendo sido “siempre ya sujeto”: “la evidencia de la identidad oculta que esta es resultado de una identificación-interpelación del sujeto cuyo origen extraño le resulta, sin embargo, ‘extrañamente familiar” (2016, p. 139). Para un desarrollo de esta idea, cf. Romé, 2019.

El funcionamiento sintáctico se sostiene, así, de una evidencia perceptiva que podríamos denominar con Pêcheux “identificación de objeto” -que es a la vez, perceptiva e inteligible (“yo veo lo que veo” “se sabe lo que se sabe”)- y que constituye el fundamento imaginario (y doblemente tautológico) de la identificación de la “cosa” con el “sujeto” que la ve, habla de ella o la piensa como lo real. Esta distribución epistémica, que Althusser ha criticado como la especularidad imaginaria que sostiene en idealismo epistemológico en la especularidad abstracta Sujeto/Objeto (cf. ALTHUSSER, 1965a), se repite, según Pêcheux en el mito empirista de la construcción de la lengua a partir de los “singulares egocéntricos” (yo, esto, ahora) y sostiene sintácticamente la ilusión de la “generalización” como *fundamento jurídico de la ley epistémica* (lo que yo ví, se identifica con lo que yo veo...). Se trata, una vez más, de la “escena” del sujeto que resulta “contemporánea de la identificación de la cosa” (PÊCHEUX, 2016, p. 98)

La “atemporalidad” del mecanismo de la interpelación se sostiene en la existencia histórica transindividual de la articulación sobredeterminada, es decir, articulada con dominancia, entre la formación ideológica del derecho y la de la epistemología de la contemplación. Lo que este mecanismo produce es una experiencia de contemporaneidad del Sujeto y “las cosas”, que es posible gracias a la temporalidad retroactiva de la doble identificación. En ese marco, la incrustación sintáctica constituye la configuración material en la que opera la ligazón entre la experiencia del sujeto como causa de sí mismo y la temporalidad narrativa (la experiencia ideológica del tiempo histórico).

La productividad de esa prohibición consiste en la superposición de una temporalidad finalista sobre una retroactiva, como dispositivo de borramiento de la temporalidad procesual que resulta, de esta forma, sustraída para que la escena funcione. La no-contemporaneidad de la objetividad histórica transindividual es experimentada como contemporaneidad de la experiencia subjetiva (PÊCHEUX, 2016, p. 140).

La prohibición es doble: junto con la temporalidad procesual en la que consiste el sujeto, se borra la determinación transindividual del Otro, *tanto en términos (estructurales) de su legalidad específica como en términos (históricos) del conjunto de contenidos y configuraciones determinadas que le dan existencia concreta*. Pêcheux lo sintetiza diciendo que la evidencia –el efecto imaginario- del sujeto (“yo soy yo”) se sitúa bajo el primado del proceso de la interpelación-identificación “que produce al sujeto en el espacio vacante. ‘aquel que...’ es decir el X, el quídam que se encontrará allí; y esto bajo

diferentes formas impuestas por las ‘relaciones sociales jurídico-ideológicas’ (PÊCHEUX, 2016, p. 114).

La estructura sintáctica típica de la ley jurídica: “[...] aquel que [...] (hubiera causado un daño)”, es la que sostiene la eficacia de la interpelación como una reunificación o un “dispositivo de reajuste”. Y constituye un montaje específico que garantiza el hecho de que la ley siempre encuentre al singular al que “aplicarle su ‘universalidad”, en base al funcionamiento de una temporalidad ideológica de la *contemporaneidad* imaginaria “entre *lo que es* y *lo que se debe ser*” (142).<sup>3</sup>

Así, encontramos la definición de *formación discursiva* como el complejo de determinaciones que en una coyuntura singular establecen lo que debe/puede ser dicho. Es decir, de lo que *debe* como si fuera *todo lo que se puede*. En el borramiento de la condición procesual del sujeto se opera el borramiento de la historia compleja de su coyuntura ideológica-discursiva, la objetividad *transindividual* que otorga consistencia material a lo imaginario. Esta doble prohibición permite la reunificación de la complejidad procesual de la significación (paráfrasis, metáforas, sustituciones) en el Presente de una formación discursiva.

El desarrollo de su concepción de las determinaciones excéntricas y necesariamente reprimidas, que producen el efecto-sujeto como causa de sí mismo, da cuenta del espesor filosófico (y el sentido político) de la intervención pecheutiana. Tal como sostiene Warren Montag (2015), éste reinscribe a las “filosofías de la sospecha” (MARX, NIETZSCHE, FREUD) en una genealogía que desborda el siglo XIX, para incluir a Spinoza en la perpetua batalla contra el idealismo – y de allí, su diferencia con Foucault. Pêcheux se da como tarea la elaboración de una teoría materialista de los procesos discursivos capaz de dar cuenta de la *conexión material necesaria* entre la represión inconsciente y el sujetamiento ideológico. Que la materialidad sea necesaria quiere decir que “el Discurso” no *existe* sino en *procesos* y *formaciones* discursivas concretos. El concepto de discurso no sirve para denominar una existencia discursiva sino el mecanismo atemporal de consistencia mutua entre una articulación significante y un efecto sujeto. Si cabe mantener el concepto de “discurso” es para nombrar esa *inscripción material de un doble olvido como mecanismo de subjetivación*. En este sentido debe comprenderse la insistencia en la conceptualización de la lengua como

<sup>3</sup> Una larga y densa red arqueológica podría reconstruirse, a propósito de este cruce entre las leyes sintácticas y jurídicas en torno a la categoría de *persona*, en los términos de un dispositivo que conecta con “una profunda continuidad paradigmática que atañe [...] a la estructura lógica impresa desde los orígenes en el lenguaje jurídico” (ESPÓSITO, 2011,74).

“base”, es decir, como estructura atemporal, indiferente a la historia, por lo tanto, a la lucha de clases. Pêcheux evita aplastar la dimensión de la práctica discursiva en la estructura de la lengua, para sostener la causalidad materialista que resiste simultáneamente, al historicismo y al formalismo.

No se trata de reemplazar la imagen metafísica y fundacionalista de un metalenguaje por la afirmación igualmente metafísica y fundacionalista de su pura inexistencia, para afirmar una ontología pluralista y relativista de la contingencia sin estructura; sino de afirmar la existencia histórica (*la presencia de la ausencia* de metalenguaje) en la forma contradictoria y conflictiva de la lucha de clases ideológica que se libra en la materialidad discursiva. La lengua no es un metalenguaje (una supra-estructura o una Causa) sino una causa ausente; una estructura que no existe sino en el complejo contradictorio de sus efectos.

Antes que la tópica base-superestructura, lo que la problemática althusseriana movilizaba por Pêcheux pone en juego, según Montag, es el rechazo de todo esquema que restituya una causalidad expresiva; para emplazar en su lugar la causalidad inmanente de inspiración spinoziana. La lengua no existe como discurso de los discursos, sino que desaparece en la pluralidad irreductible de los discursos. Pero si se trata de *pluralidad irreductible* no es de los discursos, sino de las formaciones y procesos discursivos que constituyen lo concreto de una *coyuntura* (discursiva) determinada. La lengua no puede ser nunca simplemente “un sistema gobernado por reglas cuya expansión siga un modelo jurídico” (MONTAG, 2015, p. 24). Y sólo existe como ausencia, en el proceso material de “represión sistemática” que “Gadet y Pêcheux, siguiendo a J-C Milner llaman ‘lo real de la lengua’: las fisuras (*failles*), huecos y contradicciones que ponen a este orden en contra de sí mismo, en una producción perpetua de equívocos. (PÊCHEUX; GADET, 1981 apud MONTAG, 2015, p. 24).

En virtud de lo antedicho, es posible sugerir que Pêcheux abre un programa teórico capaz de pensar, a la vez, el tiempo histórico y el orden simbólico, no solo capaz de pensar “el tiempo del Otro en el tiempo del propio pensamiento” sino de inscribirlo en una teoría de la historia.

### **Para concluir: hacia una teoría clínica de las formaciones discursivas**

Pêcheux no habla de “coyuntura discursiva”, la idea actúa de modo práctico en los conceptos de *proceso discursivo* y el de *formación discursiva*.

Para evitar que la categoría estructural de la lengua colonice las formaciones discursivas reponiendo una causalidad expresiva que las vuelva sus “fenómenos”, identifica la acción sobredeterminada de tres estructuras (la estructura de la lengua, la totalidad social y la estructura psíquica) en los procesos y formaciones discursivos. Así, reintroduce la idea althusseriana de *coyuntura* en el corazón del problema de la ideología y logra entender la diferencia entre la dimensión estructural de la ideología –denominada confusamente como “Ideología en general”– y la dimensión coyuntural de las formaciones ideológicas determinadas históricamente –denominadas de modo errático como “ideologías particulares” (PÊCHEUX, 2011, p. 209).

La idea de *ideología dominante* – que se entiende mejor como “Ideología de Estado” (ALTHUSSER, 2011, 92) – no se confunde ya con la “Ideología en general”, sino que es entendida como el efecto imaginario en el que un complejo material articulado y contradictorio con dominante, de formaciones ideológicas, existe *como si fuera la “Ideología en general”*. Ésta constituye el mecanismo estructural (atemporal) inmanente a las formaciones trabadas entre tendencias y contra-tendencias con dominante.

El “punto de vista de la reproducción” nombra el abordaje analítico (de la situación) y no se confunde con el punto de vista del Estado (que indistingue coyuntura y estructura). Pêcheux elabora sobre esta base una analítica de la forma concreta de una coyuntura y de la complejidad articulada y contradictoria de temporalidades que la componen.

El concepto de *formación* gana peso teórico, a partir de **Sur la reproduction**, desde la definición misma de *formación social* como complejo temporal, al sostener la distinción (y desproporción) entre los conceptos de formación social y modo de producción y afirmar que en una formación histórica concreta existe siempre más de un modo de producción. Una *formación social es un complejo temporal tendencialmente unificado*, bajo el tendencial primado de un tipo de relación social de producción cuya existencia singular está dada por la combinación determinada de relaciones heterogéneas en su estructura. La diversidad de formaciones sociales no está dada porque exista una multiplicidad inagotable de modos de producción sino por la singularidad de su articulación jerárquica en una totalidad compleja de formaciones superestructurales, sobredeterminadas por esa *combinación*.

Por lo tanto, no es posible dar cuenta de esta complejidad sino es produciendo un rodeo por la *coyuntura*. Y esto debe entenderse en dos sentidos. En el de la *necesidad* de un pensamiento *de* la coyuntura y en

que éste sólo se despliega en la medida en que el pensamiento teórico se combina con un *pensamiento coyuntural*. La lectura althusseriana de Marx consiste, antes que nada, en la empresa de dar forma a una apodicticidad capaz de asumir que no hay modo de nombrar la complejidad que no sea abrazando la existencia concreta de una situación singular; a esa apodicticidad Althusser la denomina *sobredeterminación*. Althusser vuelve en 1985 sobre esta idea, basada en la teoría spinoziana de los tres géneros del conocimiento, y propone una suerte de epistemología del marxismo y el psicoanálisis en tanto “teorías clínicas”: dispositivos de conocimiento cuyas leyes no constituyen generalizaciones jurídicas, sino tendenciales y apuntan a lo singular, diferentes al “dispositivo experimental de prueba de las ciencias físicas”, pero rigurosos “en el conocimiento y tratamiento de la singularidad individual (medicina, análisis) o social (historia de un pueblo), ya en la acción sobre la historia (política)” (2007, p. 140, ed. fr. 2013, p. 480). La idea de una teoría como *dispositio* inspirada en Brecht (1965), regresa a propósito del “dispositivo teórico” de Maquiavelo como dispositivo contramítico (cf. 2004). La reencontramos en Pêcheux, en su concepción del marxismo una “ciencia experimental de la historia”, articulada con la práctica política proletaria: que es *experimental* (en el sentido de *Experiment*) y no subjetiva “porque rompe con el funcionamiento político espontáneo de la forma-sujeto” que es *experiencia* (*Erfahrung*) (2016, p.181) (cf. ROMÉ, 2019).

El desarrollo pecheutiano de una analítica de las formaciones discursivas y la lectura inmanente del mecanismo ideológico que opera en ellas, se produce también en la singularidad-universal del *caso*: Althusser llega a la postulación del mecanismo de la interpelación como estructura atemporal, situado en el análisis *del complejo concreto de formaciones en la que ese mecanismo existe*, bajo dominancia de la formación de la *ideología jurídica*. En el sentido *analítico* (el “punto de vista de la reproducción”), la teoría de la ideología es, en realidad, la teoría de la ideología (de Estado) *jurídica*. El abordaje estructural del funcionamiento de esa formación nos permitirá advertir lo que en ella hay de atemporal, en los términos de un mecanismo que funciona experiencialmente como un círculo sin tiempo, que permite inteligir lo que esa formación ideológica específica comparte con otras –dominantes en *otros* tiempos- como la formación ideológica de la religión (cristiana). Pero la Ideología en general no es una *forma primera*. La operación teórica lee la estructura inmanente a los existentes, sin ontologizarla, es decir, sin volverla una forma (metafísica) autónoma de esta existencia. Toda analítica que indistingue estructura y formación,

otorga alternativamente a las estructuras o a los individuos empíricos una prioridad metafísica, es interior al “punto de vista del Estado” y por lo tanto, *reformista*. Esta cautela es imprescindible para dimensionar a la vez la especificidad materialista y la magnitud filosófica y crítica de una noción de *materialidad de lo imaginario*, tal como hemos planteado.

## Referencias

ALTHUSSER, L. **Initiation à la philosophie pour les non-philosophes**. PUF, Paris, 2014.

\_\_\_\_\_. **Écrits philosophiques et politiques**. Tome II, Stock-IMEC, 1995.

\_\_\_\_\_. **Écrits sur Psychoanalyse**: Freud et Lacan. Stock-IMEC, 1996.

\_\_\_\_\_. **Écrits sur l'histoire**. PUF, Paris, 2018.

\_\_\_\_\_. **Sur la reproduction**. PUF, Paris, 2011.

\_\_\_\_\_. **Pour Marx**, Maspero, Paris, 1965.

ALTHUSSER, L et al. **Lire le Capital**, PUF, Paris, (1965) 2008.

FOUCAULT, M. **La arqueología del saber**. Siglo XXI, Mexico, (1969) 2010.

FREUD, S. **Die Traumdeutung, 1900, Franz Deuticke**; Freud, Sigmund. **Obras completas de Sigmund Freud**. Traducción [José Luis Etcheverry](#). Buenos Aires & Madrid: [Amorrortu Editores](#), 1989.

MILNER, J.-C. **El periplo estructural**. Barcelona, Amorrortu, 2003.

MONTAG, W. Discurso y decreto: Spinoza Althusser y Pêcheux. In: **Representaciones**. Vol. 11, Núm. 1, 2015.

MORFINO, V. **El materialismo de Althusser**. Santiago de Chile, Palinodia, 2014.

\_\_\_\_\_. **Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía**. Ediciones CCC, Bs.As, 2016. (Ed.or **Les vérités de La Palice**. Linguistique, sémantique, philosophie. Françoise Maspero, Paris, 1975).

\_\_\_\_\_. Prefacio. El extraño espejo del análisis de discurso In: COUTINE, J.-J., *Analyse du discours politique (le discours communiste adressé aux chrétiens)*. **Langages**, 62, juin, 1981.

\_\_\_\_\_. Remontémonos de Foucault a Spinoza. In: MONFORTE TOLE-

---

DO, M. (coord.) **El discurso político**, Editorial Nueva Imagen, México, 1977.

\_\_\_\_\_. Sur les contextes épistémologiques de l'analyse de discours. In: **Mots**, n. 9, octubre, 1984. p. 7-17.

ROMÉ, N. **La posición materialista. El pensamiento de Louis Althusser, entre la práctica teórica y la práctica política**. EDULP, La Plata, 2015.

\_\_\_\_\_. Maquiavelo lector de Lacan. Maquiavelo lector de Lacan. Notas sobre el vínculo entre discurso e inconsciente en la teoría althusseriana. **Revista Teoría y Crítica de la Psicología**, vol. 13, 2019.

\_\_\_\_\_. En busca del materialismo. Filosofía, política e historia en la obra de Louis Althusser. In: CALETTI, C. **Sujeto, política, psicoanálisis**. Prometeo, Buenos Aires, 2011.

TERRILES, R. Althusser, Foucault y la cuestión de la ideología". In: CALETTI, C. **Sujeto, política, psicoanálisis**. Prometeo, Buenos Aires, 2011.